

Leskaflar.

La lengua española.

Las lenguas romances. Los romanos llevaron la lengua latina a todas las tierras por ellos conquistadas. De esta manera la lengua latina llegó a ser la lengua de todas las provincias del vasto imperio romano. Después de la caída del imperio romano en el año 478 todavía siguió hablándose latín en la mayor parte del antiguo imperio. Pero la lengua hablada, la lengua popular que hablaban la mayor parte de los habitantes del territorio romano, no era el latín clásico de Cicerón y Quintiliano sino latín popular, el latín que hablaban los soldados y colonos romanos que salían de Italia a colonizar las tierras conquistadas. Este latín popular de fines del imperio romano, que para entonces había sufrido ya modificaciones importantes y que se diferenciaba cada día más del lenguaje puro y artificial de los autores clásicos y que en cada provincia se iba desarrollando poco a poco de una manera especial, es la base fundamental de cada una de las lenguas romances: el español, el italiano, el francés, el rumano, el portugués, etc.

La lengua española o castellana. La lengua española o castellana es por consiguiente de origen latino. Es latín moderno. Es el latín popular modificado por más de dos mil años que ahora hablan los españoles. Se llama lengua española porque es la lengua de España, de los españoles, pero se ha llamado también castellana por su origen, porque antiguamente se hablaba solamente en Castilla la Vieja. Cuando los árabes llegaron a España y destruyeron la monarquía visigoda en el año 711 los habitantes de España ya no hablaban latín sino español. Pero esta lengua romance o neo-latina conservaba todavía cierta unidad lingüística. A partir del siglo X, sin embargo, cuando los reinos cristianos del norte iban ya ensanchando sus territorios por la reconquista hallamos en España no una lengua única sino varias. Sobre todas ellas triunfó por fin la lengua castellana porque los castellanos, los habitantes de Castilla la Vieja, fueron los que le dieron el mayor empuje a la obra de la reconquista y los que, gracias al genio político de Isabel la Católica, tomaron a Granada y descubrieron el Nuevo Mundo. De esta manera la lengua castellana llegó a ser la lengua oficial de toda España y de todas las tierras conquistadas por los españoles durante los siglos XV, XVI, y XVII. Llevada a América por los conquistadores españoles la lengua castellana que en el siglo X era hablada solamente por unos miles de individuos en Castilla la Vieja ha llegado

a ser la más importante y la que ha logrado mayor difusión de todas las lenguas romances y es ahora una de las más importantes del mundo.

La lengua española moderna. Además del elemento latino, que es, como ya queda dicho, el primitivo y fundamental, entraron en la formación del español algunos elementos de otras procedencias. Estos elementos son en general sólo adiciones al vocabulario español y son principalmente germánicos, árabes y de las lenguas indígenas de América. Hay también en el español algunas palabras ibéricas y hasta celtas, y muchas de origen italiano, francés, inglés, catalán, leonés, gallego y aragonés. Por haber admitido la lengua castellana durante el período de su formación en los siglos X—XV elementos que no procedían de Castilla sino de otras regiones de España y durante el siglo XVI y más tarde elementos que procedían de las regiones más apartadas del mundo español es preferible llamarla ahora lengua española.

Expansión del español. El español es uno de los idiomas verdaderamente universales, llevado a todo el mundo por los descubridores y conquistadores de la raza hispánica. Lo hablan actualmente unos 140 millones de personas, repartidas por toda la superficie del planeta, ocupando un área territorial de 20 millones de kilómetros cuadrados. Tiene tanto porvenir como el inglés, aunque no alcanza todavía la difusión de este.

En nuestros días hablan español los países si-

guientes: Méjico, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Cuba, Santo Domingo, Colombia, Venezuela, El Ecuador, El Perú, Bolivia, Chile, República Argentina, Paraguay y Uruguay (República Oriental del Uruguay). Todos estos países son repúblicas independientes y algunos de ellos muy ricos y prósperos.

Además hablan español Puerto Rico, islas Filipinas, en Oceanía las islas Marianas, Carolinas y Palaos, posesiones españolas de África, parte de Argelia (casi toda la provincia de Orán), varios estados de la Confederación Norteamericana (Texas, Nuevo Méjico) y colonias aisladas de los judíos españoles («sefarditas», muy numerosos en Salónica y Constantinopla) expulsados por los Reyes Católicos en 1492.

El gitano.

Un gitano fué a confesar, y mientras confesaba vió en el bolsillo del fraile una caja de plata, y se la robó.

— Acúsome, padre, dijo en seguida, que he robado una caja.

— Pues, hijo, es preciso que la restituyas.

— ¿La quiere usted, padre?

— Yo no, respondió el confesor.

— Es que se la he ofrecido a su dueño, y no la quiere.

— Pues entonces, quédate con ella, contestó el padre.

La confesión.

Una señora se fué a confesar y dijo:

— En el primer mandamiento no pequé, en el segundo sí, váyase lo uno por lo otro, y así siguió con los demás. El padre que era vivo y se iba impacientando, le dijo cuando concluyó:

— El año pasado te di la absolución; éste no te la doy, y váyase lo uno por lo otro.

El arte de vender mamarrachos.

Un anticuario tiene en su tienda cinco viejas esculturas talladas en madera, tan toscamente que apenas si tienen figura humana. El comerciante las agrupa y les pone el siguiente rótulo:

«Los cinco sentidos.»

Un día aparece un comprador que se lleva una de las figuras. El anticuario coloca en el escaparate las cuatro restantes, con este título:

«Las cuatro estaciones.»

Surge un nuevo cliente, quien adquiere otra de las estatuillas. Entonces el anticuario cambia nuevamente el rótulo, y pone:

«Las tres Gracias.»

Poco después, consigue vender otra de las estatuas, y se ve obligado a cambiar nuevamente la denominación:

«Adán y Eva.»

Finalmente, y cuando sólo le queda una de las

estatuillas, encuentra esta denominación sugestiva y atrayente:

«Abandonado.»

Donde habla el mudo, ve el ciego.

Dos mendigos, un ciego y un mudo, están en la puerta de una iglesia pidiendo limosna. Éste es un joven pero aquél es viejo. Por eso sabe replicar de este modo a un general que sale de misa y deposita una moneda en su sombrero:

— Muchas gracias, mi general.

— ¿Cómo sabe que soy general, siendo usted ciego?

— Aquél es que dice eso, contesta el ciego, señalando al mudo.

Sin quitar ni poner.

Un chico de ocho años entra en una tienda y dice al dependiente:

— Déme 9 kilos de café a 2,75 pesetas el kilo; y 7 paquetes de fósforos a 50 céntimos.

— ¿Alguna otra cosita? — Sí señor, 4 kilos y medio de azúcar a ochenta céntimos y un saco de harina de 10 kilos a 1,20 el kilo.

— ¿Algo más? — Nada más.

— ¿Lleva Vd. dinero o mando la nota de venta con las cosas a mamá?

— Mamá no sabe nada. Es un problema que pone a la clase el maestro de aritmética.

El burlador burlado.

Viajando dos jóvenes en ferrocarril en compañía con un fraile de la orden de Santo Domingo, uno de ellos le preguntó para burlarse de él, qué diferencia había, a su parecer, entre un monje y un asno. El religioso le respondió muy humildemente:

— No puede ser mucha, hijo, pues los dos son pobres e ignorantes.

— Nada de eso, replicó el viajero riendo. La verdadera diferencia, padre, es que usted lleva su cruz en el pecho, mientras el burro la lleva en el lomo.

— Es verdad, dijo el fraile; y un rato después añadió:

— Hijo mío ¿podría usted decirme a su vez, la diferencia que hay entre el mismo animal y un mancebo como usted?

Después de unos momentos de reflexión, respondió imprudentemente el joven:

— No, señor, no la veo.

— Pues yo tampoco, fué la aguda conclusión del fraile.

La invitación.

Un alcalde escribió a un personaje de Madrid la siguiente carta:

«Ilustrísimo señor: No deje V. E. de venir el día del glorioso San Roque, pues, según me ha

dicho el Sr. cura, vamos a tener una función de iglesia de cinco mil demonios; además, se van a correr cinco toros, y si viene V. E., serán seis.»

Una conspiración.

En una ocasión llega a una hora muy tarde de la noche al palacio presidencial de una república de Centro-América un individuo que quiere hablar con el presidente. El jefe de la guardia contesta que a esa hora el presidente no recibe a nadie. El hombre insiste: — Yo soy un amigo íntimo del presidente. Vengo a salvar su vida. A los pocos minutos está hablando con el presidente.

— He venido a salvarte la vida. Ya sabes que somos como hermanos. Pues así y todo, estoy comprometido en una conspiración cuyo fin es asesinar mañana al presidente de la república. Pero a última hora me he arrepentido, me he acordado de lo mucho que te debo.

El presidente contesta, apretando un timbre:

— Eres mi prisionero. Estás detenido.

— ¿Yo? ¿Por qué?

— Porque de los diez, tú eres el último que ha venido a delatar la conspiración. Los otros nueve compañeros, sin ser amigos tan íntimos como tú, han venido antes.

Un episodio de mi vida.

Listo, pues, todo para mi boda, quedó señalada la fecha del 22 de junio de aquel año de 1890 para la ceremonia civil. En ese día debería efectuarse en San Salvador una gran fiesta militar, para lo que vendrían las tropas acuarteladas en Santa Ana y que comandaba el general Carlos Ezeta, brazo derecho, y diremos casi hijo mimado del Presidente de la República. Se decía que había querido casarse con Teresa, la hija mayor de éste. Si no estoy equivocado había disensiones entre Ezeta y algunos ministros del general Menéndez, como los doctores Delgado y Interiano, pero no podría precisar nada al respecto.

Es el caso que las tropas llegaron para la gran parada del 22. Esa noche debía darse un baile en la Casa Blanca, esto es, en el Palacio Presidencial.

Se celebró en casa de mi novia la ceremonia del matrimonio civil y hubo un almuerzo al cual asistió el general Ezeta. Éste estaba nervioso y por varias veces se levantó a hablar con el señor Amaya, director de telégrafos y amigo suyo. Después de la fiesta, yo, fatigado, me fui a acostar temprano, con la decisión de no asistir al baile de la Casa Blanca. Muy entrada la noche, oí, entre dormido y despierto, ruidos de descargas, de cañoneo y tiros aislados, y ello no me sorprendió pues supuse vagamente que aquello pertenecía a la función militar. Más aún, sería ya la madrugada,

cuando sentí ruidos de caballos que se detenían en la puerta de mi habitación, a la cual se llamó, pronunciando mi nombre varias veces. — «Levántate,» me decían, «está tu amigo el general Ezeta.» Yo contesté que estaba demasiado cansado y no tenía ganas de pasear, suponiendo desde luego que se me invitaba para algún alegre y báquico desvelo. Sentí que alejaron los caballos.

Por la mañana llamaron a la puerta de nuevo; me levanté, abrí y me encontré con una criada de casa de mi novia, o mejor dicho, de mi mujer. — «Dicen las señoras,» expresó, «que están muy inquietas con usted, suponiendo que le hubiese pasado algo en lo de anoche.» — «¿Pero qué ha ocurrido?» le pregunté. — «Que ya no es presidente el general Menéndez, que le han matado.» — «¿Y quién es el presidente entonces?» — «El general Ezeta.» Me vestí y partí inmediatamente a casa de mi esposa. Al pasar por los portales vecinos a la Casa Blanca encontré unos cuantos cadáveres entre charcos de sangre. Impresionado entré al café del Hotel Nuevo Mundo a tomar una copa; me senté. En una mesa cercana había un hombre con una herida en el cuello, vendada con un pañuelo ensangrentado. Estaba vestido de militar y bastante ebrio. Sacó un revólver y tranquilamente me apuntó: — «Diga, ¡Viva el general Ezeta!» — «Sí, señor,» le contesté, «viva el general Ezeta.» — «Así se hace» exclamó. Y guardó su revólver. Tomé mi copa y partí inmediata-

mente a buscar mi mujer. En su casa se me narró lo que había sucedido. Durante la noche, mientras se estaba en lo mejor del baile presidencial, donde se hallaba la flor de la sociedad salvadoreña, quedaron todos sorprendidos por ruidos de fusilería y se notó que el palacio estaba rodeado de tropas. Un general, cuyo nombre no recuerdo, había penetrado a los salones e intimó orden de prisión a los ministros que allí se encontraban. El presidente, general Menéndez, se había ido a acostar. La confusión de las gentes fué grande, hubo gritos y desmayos. A todo esto se había ya avisado al general Menéndez, que se ciñó su espada e increpó duramente al general que llegaba a comunicarle también orden de prisión. Entretanto la guardia del Palacio se batía desesperadamente con las tropas sublevadas. Teresa, la hija mayor del presidente, gritaba en los salones: — «¡Que llamen a Carlos, él tranquilizará todo esto y dominará la situación!» — «Señorita,» le contestó alguien, «es el general Ezeta quien se ha sublevado.» El presidente había abierto los balcones de la habitación y arengaba a las tropas. Aún se oyó un viva al general Menéndez, pero éste cayó instantáneamente muerto. Fué llevado el cuerpo, y los médicos certificaron que no tenía ninguna herida. Al darse cuenta de que Carlos Ezeta, a quien quería como a un hijo y a quien había hecho toda clase de beneficios, a quien había enriquecido, a quien había puesto a la cabeza de su ejército, era quien le

traicionaba de tal modo, el pobre presidente, que era cardíaco, según parece, sufrió un ataque mortal. El cadáver fué expuesto y el pueblo desfiló y se dió cuenta de la verdad del hecho. — «¿Qué piensas hacer?» me dijo mi esposa. — «Partir inmediatamente a Guatemala, puesto que hay un vapor en el puerto de la Libertad.» Sali a dar los pasos necesarios para el arreglo rápido de mi viaje, y en el camino me encontré con alguien que me dijo: — «El general Ezeta desea que vaya dentro de una hora al Cuartel de Artillería.» Cruzaban patrullas por las calles. Unos cuantos soldados iban cargados con cajas de dinero. Una hora después estaba yo en el Cuartel de Artillería, que se hallaba lleno de soldados, muchos de ellos heridos. Un tropel de jinetes. Llega el general Ezeta, rodeado de su Estado Mayor. Se nota que ha bebido mucho. Desde el caballo se dirige a mí y me dice que me entienda con no recuerdo ya quién, para asuntos de publicidad sobre el nuevo estado de cosas. Yo salgo y prosigo mis preparativos de partida; escribo una carta al nuevo presidente manifestándole que un asunto particular de especialísima urgencia, me obliga a irme inmediatamente a Guatemala; que volveré a los pocos días a ponerme a sus órdenes. Y me dirigí al puerto de la Libertad. En el hotel estaba, cuando el comandante del puerto apareció y me dijo que de orden superior me estaba prohibida la salida del país. Entonces empecé por telégrafo una campaña

activísima. Me dirigí a varios amigos, rogándoles se interesasen con Ezeta y hasta recurrí a la buena voluntad masónica de mi antiguo amigo el doctor Rafael Reyes, íntimo amigo del improvisado presidente.

El vapor estaba para zarpar, cuando por influencia de Reyes, el comandante recibía orden de dejar que me embarcase; pero junto conmigo iba ya persona que observase y que procurase conocer el fondo de mis impresiones y sentimientos sobre los sucesos acontecidos. Era un señor Mendiola Boza, cubano de origen. Natural que yo me manifesté ezetista convencido, y el hombre lo creyó o no lo creyó, pero cumplió con su misión.

Al llegar a Guatemala, supe que la guerra estaba por estallar entre este país y El Salvador. Menéndez había mantenido las mejores relaciones con el presidente guatemalteco Barillas, y éste tenía sus razones para creer que Ezeta le sería contrario, y aprovechara para prestigiarse de la antipatía tradicional entre salvadoreños y guatemaltecos. No bien hube llegado al hotel, cuando un oficial se presentó a decirme que el presidente general Barillas me esperaba inmediatamente. La capital estaba conmovida y se hablaba de la seguridad de la guerra. Me dirigí a la casa presidencial, acompañado del oficial que había ido a buscarme. Penetré entre los numerosos soldados de la guardia de honor y se me hizo pasar a un salón. Al llegar, ví que el presidente estaba rodea-

do de muchos notables de la ciudad. Se hallaba agitadísimo y cuando yo entré pronunciaba estas palabras: — «Porque señores, el que quiere comer pescado que se moje el . . .» Yo me senté tímidamente en una silla, fuera del círculo, pero el presidente me miró y me preguntó: — «¿Es usted el señor Rubén Darío?» — «Sí señor,» le contesté. Me hizo entonces avanzar y me señaló un asiento cercano a él. — «Vamos a ver,» me dijo, «¿es usted también de los que andan diciendo que el señor Menéndez no ha sido asesinado?» — «Señor Presidente,» le contesté, «yo acabo de llegar, no he hablado aún con nadie, pero puedo asegurarle que el presidente Menéndez no ha sido asesinado.» En los ojos de Barillas brilló la cólera. — «¿Y no sabe usted que tengo en la Penitenciaría a muchos propaladores de esa falsa noticia?» — «Señor,» insistí, «esa noticia no es falsa. El general Menéndez ha muerto de un ataque cardíaco al parecer; pero si no ha sido asesinado con bala o con puñal, le ha dado muerte la ingratitud, la infamia del general Ezeta, que ha cometido, se puede decir, un verdadero parricidio.» Y me extendí sobre el particular. El presidente me escuchó sin inmutarse. — «Está bien,» me dijo, cuando hube concluido. «Vaya en seguida y escriba eso. Que aparezca mañana mismo. Y véase con el ministro de relaciones exteriores y con el ministro de hacienda.» Me fui rápidamente a mi hotel y escribí la narración de los

sucesos del 22 de junio con el título de «Historia negra», que en ocasión oportuna reprodujo *La Nación* de Buenos Ayres.

Mi escrito causó gran impresión, y supe después que Carlos Ezeta, así como su hermano Antonio, aseguraban que si alguna vez caía en sus manos no saldría vivo de ellas. — «Y pensar,» decía algún tiempo más tarde el presidente Ezeta al ministro de España, don Julio de Arellano y Arróspide — después Marqués de Casa Arellano y cuya esposa fuera madrina de mi hijo en San José de Costa Rica — «¡y pensar que yo he hecho rico a Rubén si no comete el disparate de ponerse en contra mía!» La verdad es que yo estaba satisfecho de mi conducta, pues Menéndez había sido mi benefactor, y sentía repugnancia de adherirme al círculo de los traidores. ¡Será ello quizá un poco romántico y poco práctico; pero qué le vamos a hacer!

Rubén Dario.

Los cursis.

Todo está muy malo: los negocios, las letras, la política, el arte.

Y, sin embargo, mucha gente veranea en nuestras playas, imponiéndose un penoso sacrificio. Para lograr este fin, muchas personas han estado comiendo patatas guisadas desde diciembre hasta julio, y buscando recomendaciones a fin de conseguir

que les diesen a coser calzoncillos de munición para la tropa.

El maldito lujo es la causa de todo y hay quien se arruina para querer tener dos gabanes, uno claro y otro obscuro, o por empeñarse en comer de postre queso de dos clases: manchego y de Villalón.

En cuanto se le ocurre a una familia la idea de salir a veranear, lo primero que hace es despedir a la criada.

— ¿Cuánta carne se traía? pregunta el jefe de la casa.

— Tres cuarterones de hueso, contesta la señora.

— Desde mañana, media libra ya es bastante.

— ¡Ay! exclama la señora entristeciéndose. ¿Cómo vas a pasar tú sin los guisados de ternera que tanto te gustan?

— Hay que imponerse algún sacrificio, si hemos de salir en julec a veranear.

El ánimo se conturba al ver cómo descienden voluntariamente de posición ciertas personas a quienes conocimos en noviembre fumando cigarrillos de Valencia abiertos por las dos puntas y luego se han acercado a nosotros en la calle para decirnos:

— Cuando tenga usted unas botas viejas que no le sirvan, acuérdesese de mí. Estas que traigo son de la portera, y tengo que devolvérselas el lunes para una boda.

— ¿Pero ha quedado usted cesante?

— No señor; a usted puedo hablarle con franqueza . . . Estamos ahorrando para la época del veraneo. Mi esposa no puede pasarse sin su San Sebastián.

Muchos se limitan a martirizarse personalmente suprimiendo toda clase de comodidades en el hogar, y otros se van derechos a los amigos y les dicen:

— Déme usted dos pesetas.

— ¿Para qué?

— Para una rifa. Una señora, que oculta su nombre, se ve en la necesidad de desprenderse de una cama de matrimonio, obra de Berruguete . . . Vaya, tómeme usted un par de papeletas.

— Pero . . .

— Haga usted esta obra de caridad.

No hay semejante señora; lo que hay es un vehemente deseo, por parte del peticionario, de obtener los recursos precisos para salir a veranear.

(Luis Taboada: Colección de tipos.)

Casarse por microbios.

Muchas veces siento impulso en los cafés, en los hoteles, de retener la mano del que se lleva a los labios un vaso de agua.

Siento ganas de tirarme hacia el que bebe ese vaso de agua; pero hay algo en mí que me retiene.

— ¡No! ¡no! — gritaría. — ¡No beba usted!

Pero ya este día no pude resistirme. Pasando por delante de su puerta entreabierta vi que la más bella señorita del hotel echaba agua en un vaso y se lo iba a beber.

— No, le dije entrando en su cuarto y quitándole el vaso, que por la fuerza de mi mano al agarrarlo no se rompió sino que se arrugó por la boca siendo un vaso de papel.

La señorita dió un grito y acudió su hermano.

— Caballero ¿qué ha intentado usted? me dijo.

— Nada . . . No he dejado que su hermana se contagie. Iba a beber de esa garrafa de alcoba y de la que no bebe ningún huésped y en la que viven los más terribles microbios.

— Esa es una suposición que no consiente lo que usted ha hecho, dijo el hermano.

— Llevemos al laboratorio este frasco, y si no contiene el microbio del tifus le debo a usted la más humillante de las explicaciones.

— Sea, me contestó.

Muy serios fuimos y depositamos en el laboratorio el vaso. Al día siguiente recibimos un largopliego de papel en el que se empadronaban un millón de bacterias en el agua que habíamos llevado a analizar entre ellas el bacilo de tifus.

La hermana entonces se echó en mis brazos al grito de «¡usted me ha salvado!» Y yo me tuve que casar con ella.

La tierra española y sus riquezas.

Forma España parte de la región meridional de la zona templada, debiendo, por tanto, disfrutar de un clima suave con estaciones bien determinadas a causa de la distinta duración de los días del año. Sin embargo, no sucede así. Multitud de circunstancias modifican estos caracteres cósmicos. La proximidad de mares distintos (el [océano] Atlántico, el [mar] Mediterráneo), la acción de corrientes marítimas, la variada elevación sobre el nivel del mar y la vecindad y orientación de grandes y elevadas cordilleras hacen imposible señalar caracteres generales que convengan a la determinación del clima de todas las regiones. Existen tierras frías en las mesetas del norte y del centro, tierras templadas en las vertientes marítimas, y tierras cálidas en las costas del este y del sur.

El suelo de España está maravillosamente dotado por la naturaleza, y desde la más remota antigüedad su riqueza minera le valió invasiones numerosas, desde los fenicios hasta los romanos. Abundan en él los metales más preciosos, el hierro, el cobre, el estaño, el plomo y el azogue. Son célebres en el mundo entero las minas de Somorrostro (hierro), de Linares (plomo y plata), de Río Tinto (cobre) y de Almadén (azogue).

El suelo español produce todos los frutos que se dan en los países templados y hasta en los tórridos, puesto que se cultivan en Andalucía la caña

de azúcar y hasta las datileras. Abundan los cereales en las llanuras de ambas Castillas (Castilla la Vieja, Castilla la Nueva), producen los olivares (sitio plantado de olivos cuyo fruto se llama aceituna) anualmente dos millones y medio de hectolitros de aceite, y en la producción de vinos ocupa España el tercer lugar en Europa (después de Francia e Italia), siendo famosos en el mundo entero algunos de sus vinos (Jerez, Málaga, Montilla, Sanlúcar, Alicante, Rioja). Abundan el arroz en las llanuras de Valencia y el naranjo en Valencia, Murcia y Andalucía. En las provincias del norte se cría numeroso y excelente ganado, descollando entre las diferentes especies el lanar por su abundancia y buena calidad (raza merina).

España es un país más agrícola que comercial; sin embargo, existe una industria muy floreciente en numerosos puntos de la península. Sin contar las numerosas explotaciones mineras, merecen citarse las fundiciones de hierro de Vizcaya (Baracaldo y Sestao), las fábricas de tejidos de Barcelona; trabajase la lana en Tarrasa, Sabadell, Manresa y Igualada; la sedería española, antes tan extendida, está hoy limitada a Barcelona, Murcia y Baleares, y existen en diversos puntos fábricas de encajes. La industria del cuero está muy desarrollada en las Baleares y en Valladolid. En estos últimos años, la industria española ha tomado enorme incremento, debido a la especial situación en que se ha visto colocada la nación española.

por la intensiva explotación de las industrias existentes y a la creación de otras nuevas.

(La España de hoy. Berlín, 1931.)

La lealtad castellana.

El condestable de Borbón, que, haciendo traición a su rey Francisco I, se había puesto al servicio del emperador Carlos V, se presentó en Toledo al monarca español, destinándosele por alojamiento el palacio del conde de Benavente.

— Defended esas puertas, dijo este anciano gentilhombre a sus criados; no quiero que profane mi casa un traidor.

El duque de Borbón se quejó a Carlos V y éste ordenó al conde que admitiera al duque en su palacio.

— Bien está, señor; ocupe Borbón mi casa puesto que tal es vuestra voluntad; a mí me sobra en Toledo donde vivir sin rozarme con traidores.

El conde abandonó su palacio y se retiró a casa de un pariente. Tres días después el duque de Borbón salió de Toledo, y el conde de Benavente hizo prender fuego a su palacio, que se quemó con todas las riquezas que encerraba.

Pobre y orgulloso.

Un hidalgo, noble como el rey, católico como el papa, y miserable como Job, llegó cierta noche a

una posada y estuvo llamando cerca de dos horas sin que nadie le respondiera. Por fin apareció una moza de servicio a la ventana y le preguntó:

— ¿Quién va?

— Soy, dijo el hidalgo, don Juan Pedro Martín Hernández Rodríguez Vera Tarsis y Villarroel, Clemencin Meléndez de Villanova, conde de Jauja, Caballero de Santiago y de Alcántara, veinticuatro de Sevilla etc., etc.

— Mi amo, contestó la moza, siento mucho decirselo a usted; pero no hay posada para tanta gente.

Nombres y apellidos.

— ¿Cómo se llama Vd.? — Me llamo Juan, para servir a Vd.

— ¿Cuál es su apellido? — Sánchez.

— ¿No usa Vd. apellido materno? — Sí, señor; es Morales.

— Entonces, siendo Sánchez su apellido paterno, Morales el materno y Juan su nombre de pila, debo inscribir en la lista de alumnos cierto Juan Sánchez y Morales, ¿verdad?

— Claro.

— Y su señor padre, ¿cómo se llama? — Se llama Pedro Sánchez y Rodríguez.

— La abuela vive todavía, ¿no es verdad?

— Vive y se llama María Rodríguez de Sánchez.

Cierto joven, a quien sus padres habían dado el nombre de Firmo, es llamado a prestar una declaración policial. El escribiente con aire imperativo dice:

- ¿Cómo se llama usted?
- ¡Yo! Firmo Sánchez.
- Pregunto, ¿cómo se llama usted?
- Firmo Sánchez.
- ¿Por qué no contesta Vd. a mi pregunta?
- ¿Cómo se llama Vd.?
- Digo que Firmo Sánchez.
- ¡Sargento! ¡Al calabozo con este firmante!
- Un momento, señor. Mi nombre es Firmo y mi apellido es Sánchez. ¿Comprende Vd.?
- ¡Ah! ¿No dice Vd. que se firma Sánchez?
- Sí, señor. Me firmo Firmo Sánchez, servidor de Vd.
- Dispense la equivocación.

Invasiones y emigraciones.

Circunstancias geográficas e históricas han motivado la llegada a nuestro territorio de multitud de pueblos y de razas, cuya contribución en la formación de la raza hispánica parece mucho menor de lo que hasta ahora se ha venido suponiendo.

Al comenzar los tiempos históricos se hallaban ya establecidos los iberos en la península, formando multitud de tribus, que los autores anti-

guos tomaron por pueblos diferentes. Más tarde llegaron los celtas, raza belicosa que atravesó los Pirineos y cuya influencia fué algo ruidosa, pero probablemente poco eficaz y duradera. Los primeros colonizadores, griegos y fenicios, y después los cartagineses, vinieron en corto número, no pasando de fundar algunas factorías y ciudades, que se dedicaron a comerciar con las tribus del interior. La conquista romana se extendió a toda la península, organizando una dominación tan sólida que los antiguos pudieron pensar si acaso sería una obra eterna. Pero más que en fuertes inmigraciones romanas, consistió en un esfuerzo de asimilación de los indígenas.

Con los árabes llegaron tropes de escuadrones africanos, que permanecieron gustosamente en nuestro suelo porque encontraron un ambiente familiar y propicio. Y durante los ocho siglos que duró la Reconquista no dejó el África de vomitar sus ejércitos sobre España, con las invasiones de almorávides, almohades y benimerines* y con otras inmigraciones menos aparatosas, pero regulares y constantes, que no cesaron en toda la edad media. Pero invasores o inmigrantes pacíficos casi todos berberiscos como los iberos, representaban un elemento afín, que se confundía fácilmente con el nacional.

En la edad moderna aparece España como una nación fuerte, próspera y regularmente populosa. El espíritu nacional se había templado en la Re-

* Serkneskir þjóðflokkar.

conquista y la coherencia de la población se aseguró con la expulsión de algunos elementos irreductibles, más por motivos religiosos que raciales. Entonces rompe España su aislamiento y empujada por los intereses políticos de la Casa de Austria interviene en todos los asuntos europeos, a la vez que realiza el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo y explora las islas del Pacífico, comenzando el éxodo de España a los inmensos territorios indianos. Hombres de la más distinta condición y origen, pero siempre con una gran fe en su propio esfuerzo y prodigiosas cantidades de energía se alistaban en las compañías y flotas que salían de Sevilla, soñando con la conquista de un Perú o de un Méjico, o con la fortuna fabulosa de un El Dorado, ya que todo pareció posible después de las hazañas de Cortés y de Pizarro. Millares de españoles marcharon a América y allí desplegó la raza todas sus virtudes, en un escenario mucho más rico y más vasto que toda Europa.

Cuando la época heroica de la conquista llegó a su término, todavía hubo un incesante ir y venir entre España y las Indias, que acabó por empobrecer a la metrópoli de sangre y energías. Y aun después de haber conseguido su independencia las colonias americanas, ha continuado la emigración. Como en la época del coloniaje, siguen siendo poderosos centros de atracción para los emigrantes españoles — que encuentran allí el idioma materno y tradiciones familiares — Cuba,

la Argentina, Méjico, Venezuela, Puerto Rico, el Uruguay, etcétera. Domina, sobre todo, la emigración en nuestros hombres del campo, especialmente en Galicia, Asturias, Santander, y en menor medida en León, Castilla la Vieja y Andalucía.

Pero la emigración española no se dirige exclusivamente a las repúblicas hispanoamericanas. También participan de ella otros países (Brasil, algo los Estados Unidos, y, fuera de América, las Filipinas, Argelia, Marruecos y Mediodía de Francia).

Además, existe en nuestras provincias levantinas la forma local de emigración llamada de «golondrina», consistiendo en marchar a Argelia durante las cosechas, para regresar al acabar la recolección; forma que también se registra en Galicia, para Cuba y otros países americanos.

L. Martín Echeverría (Geografía de España, I. Colección Labor no. 144. Barcelona, 1928).

La cebra de listas azules.

Un periódico ofrece un millón de pesetas al que presente una cebra de listas azules, pero ha de ser en el término de un año. Leen el anuncio un inglés, un alemán, un francés y un español.

El inglés, no bien lee el anuncio, se pone cuello postizo, llena sus bolsillos de dinero, toma una maleta y se embarca inmediatamente para la costa de África.

El alemán se sienta delante de su escritorio, abre un mapa de África, pide un tratado de historia natural y diferentes obras de consulta, manda comprar una brújula, un barómetro, un termómetro, un microscopio, un telescopio, un telémetro, un compás, un diccionario, una biblia, una enciclopedia y un revólver, proponiéndose embarcar a la semana siguiente.

El francés compra una burra, le pinta listas azules y la transforma en cebra.

El español sonríe, pensando para sí: El millón es para mí, pero tengo once meses por delante; ya me embarcaré de aquí a diez meses. Y enciende un cigarrillo.

(Un poco de todo. Berlín,
Langenscheidt, 1930.)

Autobiografía.

He nacido en Alicante. Tengo cuarente y siete años. Mi padre era ingeniero de caminos. En su biblioteca, además de los libros de ciencia tenía otros de viajes, de historia, de mística; las obras de Larra, del duque de Rivas, una «Divina Comedia», un «Quijote», una Biblia. Estudió teología, estudió leyes; después se hizo ingeniero. Hombre de mucho recogimiento, de una gran pureza, le gustaba la música y el campo. Escribía con claridad y elegancia. Hablaba suavemente; nunca le oí un grito.

Una hermana de mi padre se casó con el pintor alcoyano Lorenzo Casanova, que residió muchos años en Roma; hombre de finísima sensibilidad, era de los pocos pintores que en aquel tiempo leían; él leyó ávidamente; yo pasaba muchas horas a su lado.

Mi primera obra literaria fué una descripción de «un día de campo», tema de examen de mi tercer año de estudios en el Colegio de los jesuitas de Orihuela. Gané el premio — una medalla de plata —. Al siguiente curso, el padre Buriel, comentando el anterior, dijo que no me vanagloriase de aquella recompensa, porque se me había concedido por equivocación.

No sé cuál de mis libros prefiero. Todavía está muy cerca de mí el último. Creo que en «El obispo leproso» se afirma más mi concepto de las novelas: decir las cosas por insinuación. No es menester — estéticamente — agotar los episodios. Pero ya se sabe que el libro preferido es siempre el que queremos escribir.

Se han traducido las «Figuras de la Pasión» al inglés, al danés y al alemán. Se han traducido y se están traduciendo otros libros míos al francés, al inglés («El abuelo del Rey», «El humo dormido», «Nuestro padre San Daniel», «El obispo leproso»).

Nunca escribí un verso ni una comedia.

He colaborado en periódicos de Buenos Ayres, de Barcelona y de Madrid.

Escribo cuando puedo; pocas veces con facilidad; sin notas; a distancia de lo que me impresionó.

Tengo comenzada mi novela «La hija de aquel hombre».

La crítica puede convenir al autor y al público; pero lo malo de la crítica es que siempre repita hasta los mismos adjetivos, encallecidos en la pluma por desgana, por pereza, por prisa.

¿Que si me atrae ser académico? Estoy en la edad exacta en que puede agradarme y convenirme. Joven no se desea; viejo, ya no es menester. Recordemos las palabras de Epictetos: «Compórtate en la vida como en un banquete. Si dejan un manjar delante de tí, toma honestamente tu porción; pero si sólo lo pasan cerca de tus ojos, guárdate de querer cogerlo; espera apacible que vuelva a tí».

Pero esta máxima no me lleva a mirar con malhumor a los que bullen y se afanan por alcanzar sus deseos. Ellos ejercen verdaderamente su oficio de escritor. Si yo no lo hago no es por humilde ni por orgulloso, sino probablemente por carecer de aptitudes.

Marzo de 1927.

Gabriel Miró (La Gaceta Literaria, Madrid, 1 de junio de 1931).

El célebre escritor Gabriel Miró murió el 27 de mayo de 1930. Entre las traducciones que

han hecho, fragmentariamente, de sus libros en Dinamarca figura: »Skikkelser paa Jesu Vej« (Pios Forlag, Copenhague, marzo 1931) con prólogo del profesor Johannes Jörgensen. Desde 1921 hasta su muerte desempeñó Miró el cargo de secretario de los Concursos Nacionales en el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes. A pesar de los insistentes ofrecimientos para que diera conferencias o lecturas en España, América y Extranjero, nunca aceptó, y únicamente dió una conferencia en el Ateneo Obrero de Gijón, en 1925.

Chistes.

1. Una República modelo. Hay maridos ejemplares, como don Niceto que hablaba con su amigo don Juan González. Éste le dijo:

— No hay muchos hombres tan felices como tú en el seno de la familia.

— Como que mi casa es una República modelo. Verás: ministro de Hacienda, mi mujer; ministro de Guerra, mi suegra; ministro de Relaciones, mi hija: minis . . .

— Por supuesto que tú eres el Presidente.

— No, hombre; se conoce que eres un solterón ignorante. La silla presidencial la ocupa la cocinera.

— Entonces, ¿tú qué eres?

— Yo . . . soy el pueblo que paga las contribuciones.

2. — El hecho de casarse con dos mujeres, ¿qué nombre recibe?

— Bigamia.

— ¿Y el de casarse con una sola mujer?

— ¡I . . . !?

— Mono . . . mono . . .

— ¡Ah, sí! Monotonía.

3. La señora: — Y sabe Vd.; a las ocho tomamos el desayuno.

La nueva criada: — Está bien; si yo no me he levantado a esa hora ya lo tomaré después.

4. En el salón de conferencias. El orador (dirigiéndose a la única persona que queda): — Le doy las gracias por haber tenido la paciencia de escuchar mi largo discurso.

El otro: — No hay de qué, soy el segundo orador.

La radiotelefonía en España.

En la maravillosa historia de la radiotelefonía, cuyo rapidísimo progreso asombra al mundo, España ha ocupado desde el principio un honroso lugar. Objeto sólo el principio de modestos ensayos de aficionados entusiastas, se ha extendido en pocos años de tal manera que apenas hay población o aldea que no cuente con un círculo de radioyentes (radioescuchas).

La Unión Radio fué formada para satisfacer las exigencias del público. Instaló en Madrid una esta-

ción de primer orden situada en uno de los puntos más céntricos de la capital. Esta estación fué inaugurada en junio de 1925. En la actualidad posee la Unión Radio estaciones en Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Salamanca, Sevilla y Cádiz, unidas por líneas telefónicas.

Normalmente se transmite durante ocho horas diarias. El horario de emisiones se divide en cuatro programas diarios, a saber:

De 11,45 a 12,15 de la mañana la emisión consta de informaciones generales, la hora oficial, boletín meteorológico, recetas de cocina, noticias de prensa, cotizaciones de mercados y discos de gramófono de obras musicales de actualidad.

De 14 a 15,30 se radia música popular, audiciones de canto y recitaciones de poesías, noticias de prensa.

De 19 a 20,30 el programa está constituido por música selecta y canto, conferencias sobre literatura, arte, historia, novedades científicas y bolsa de Madrid.

De 21,30 a 24,30 de la noche el programa consiste en cursos de francés, italiano e inglés, conciertos musicales, zarzuelas, óperas y retransmisiones.

Tres veces por semana se transmiten a toda la red de estaciones los programas de Madrid, Barcelona, Sevilla o San Sebastián. Es digno de mención el buen gusto que caracteriza a los programas. En todas las ciudades existen asociaciones de

radioescuchas que contribuyen voluntariamente al sostenimiento de las emisoras.

Como emisiones interesantes citaremos dos verificadas por artistas que ejecutaban el mismo número en estudios separados por centenares de kilómetros, dando la impresión de celebrarse en el mismo sitio. En una de ellas, el pianista estaba en Barcelona, el violonista en Madrid y la cantante en Sevilla.

Autoridades enemigas del turismo.

Escena porteña.

Un veraneante que había gastado más de lo regular envió a un amigo una demanda de dinero urgente. El amigo, quinientos pesos en el bolsillo, se presentó a un banco. Supo allí que el banco no tenía sucursales en el punto de residencia del turista despilfarrador. Acudió al Correo. Ya un poco alarmado aprendió que el Correo no acepta giros mayores de cien pesos.

— ¿Ni siquiera para las localidades sin bancos?

— Ni siquiera.

— ¿No hay entonces manera de mandar quinientos pesos?

— Deposítelos en la gerencia del hotel o envíelos como valor declarado.

La gerencia del hotel se negó a substituir al Correo. El amigo, ya bastante fastidiado por el trajín, se decidió a enviar por valor declarado los

quinientos pesos pedidos. Colocó los billetes en un sobre y se presentó al Correo central. La carta fué rechazada por el empleado receptor: primero, porque el sobre debía ser de papel de hilo; segundo, porque no tenía la mención «Valor declarado», y tercero, porque le faltaban cinco sellos de lacre.

Cumplidos los requisitos, el amigo complaciente retornó.

— Esta carta no puede ser expedida, afirmó el empleado.

— ¿Por qué, señor? He seguido todas sus indicaciones.

— Usted ha subrayado las palabras «Valor declarado».

— Pero, señor . . .

— Y aun suponiendo que accediera a recibirla, excusando el subrayado, no podría . . .

— ¡Por Dios, señor! ¿Por qué?

— Porque el sello de los lacres tiene el escudo británico . . .

La paciencia del amigo se había agotado. Dió un fuerte puñetazo en la ventanilla y con airado amor propio exclamó:

— Sepa Vd., caballere, que el escudo británico está bien en donde esté.

Y en lugar de los quinientos pesos, envió un telegrama malhumorado: «Arréglate como puedas. Imposible enviarte dinero. Autoridades enemigas del turismo.»

En casa del Beco.

Al llegar al pueblo digo al chófer:

— ¿Cuál es la mejor fonda?

— No hay más que una.

— Entonces no se escoge; lléveme a ella.

— Aquí en el pueblo decimos «en cal Beco» (= en casa del B.).

— No importa. Vamos a cal Beco.

Llegamos allá y el Beco en persona sale a la entrada. Es hombre de cincuenta años. Lleva un pañuelo atado a la cabeza y fuma un mal cigarro. Mientras el chófer baja mis maletas, digo:

— Oiga Vd., Beco, tenga la bondad de enseñar sus cuartos.

Pasamos por la entrada con ese olor a pienso que tienen esas entradas, y una escalera al fondo por donde suben las personas. Subimos por la escalera, encontramos un cuarto grande con rótulo de comedor y vistas a una cocina. Subimos otra escalera y mientras estamos subiendo, Beco me dice:

— ¿El señor va a estar mucho tiempo en el pueblo?

— Según me agrada.

— ¿Es Vd. de los de la contribución?

— No tenga Vd. miedo, Beco.

— ¡Miedo yo! Aquí todos me tienen miedo a mí.

— ¿Por qué?

— No lo sé. Por naturaleza. Tal como Vd. me ve, soy . . . la persona de más respeto del pueblo.

— Pero dígame, Beco, ¿dónde está el cuarto?

— Ya llegamos. Es éste, número dos.

— ¿Tienen Vds. otros muchos cuartos?

— Para alquilar tenemos también otro; éste es mejor pero no cobro más.

— ¿Cuánto cobra Vd.?

— Con pensión completa cinco pesetas diarias. Y en mi casa se come bien.

— ¿Y eso tan alto qué es?

— Eso es la cama de Vd. Hay cinco colchones debajo y el de muelles encima . . .

— ¿El de muelles encima?

— O debajo. Pongo poca atención en eso. Tengo otras cosas que hacer. Hay de todo en esa cama, y por eso es tan alta. Por lo demás, siempre hay aquí tranquilidad. Si oye ruido por la noche, no haga Vd. caso. Estoy arriba con los chicos.

— ¿Cuántos tiene Vd.?

— Por ahora ocho vivos.

— Bueno. Voy a lavarme un poco.

— ¿En día de trabajo se lava Vd.?

— A veces.

— Ea, pues lávese, ya que es Vd. tan limpio.

Si necesita Vd. alguna cosa, llámeme.

— ¿Y cómo?

— Llamando. Si es de día, siempre estoy abajo

tomando el sol, si es de noche, dé Vd. puñetazos en el techo.

(Prof. *Alfred Coester: A Year of Spanish.* Boston, 1930.)

Servicio policiaco.

Al salir del palco, Ramírez miró a su mujer, que se abrochaba el abrigo, y señalando la porción de escote aun no protegida por las pieles, exclamó:

— ¡Rosario! . . . ¿Y el collar? . . .

— ¡No lo tengo! . . . ¡Lo he perdido . . . o me lo han quitado! . . . — replicó ella, confusa y nerviosísima, palpándose el cuello.

— ¡A ver! . . . ¡Acomodador! . . .

Toda la dependencia del teatro se puso en movimiento. La requisa, muy minuciosa, no dió ningún fruto. El agente de servicio intervino, poniéndose a las órdenes de Ramírez, y en Contaduría, el representante de la Empresa se deshizo en atenciones, lamentando el percance y procurando convencer al matrimonio de que la joya sería recuperada . . .

Cerca de las dos y media de la madrugada salieron de la Comedia los de Ramírez. Rosario se acurrucó en el automóvil, mientras él ordenaba, secamente, al chófer:

— ¡A casa!

El auto, con una sacudida de tirón, se puso en

movimiento, enfilando la calle del Príncipe, hacia el barrio de Salamanca . . .

Ramírez, ceñudo, mordisqueando un «águila imperial», carraspeó dos veces. Ella, presintiendo el «chubasco», hundió la barbilla en la gola de pieles, cruzó las manos sobre la falda y se dió a contemplar uno de los floreros que adornaban el interior del coche . . .

— «¡Una friolera! . . . — monologué el —. ¡Un collar de 20,000 pesetas! . . . ¡Perdido así . . . tontamente . . . estúpidamente . . .! ¡Veinte mil pesetas! . . . ¡Es claro, consecuencia de ese absurdo, de ese contrasentido de ir las mujeres a los teatros como un icono, como el escaparate de una joyería! . . . ¡Y trabaje usted como un negro para esto! . . . ¡Así . . . una funcioncita que sale por cuatro mil duros! . . . ¡Vamos, vamos! . . .»

Y Ramírez daba fieras chupadas al cigarro, como si quisiera ahogar en humo al supuesto ladrón . . . y de paso a su mujer.

Ella, imperturbable, como si nada oyese, y con una vocecita mimosa, interrogó:

— Oye, Enrique: ¿y tú qué crees, habrá sido robo o extravío?

Ramírez volvió hacia ella su cabezota cuadrada y su rostro abultado y coloradote.

— ¡Yo no sé lo que ha sido! . . . ¡Lo que sí sé es que el collar! . . .

— ¡Ha costado 20,000 pesetas! . . . ¿No es eso?

— le interrumpió ella —. ¡Pues, hijo, compraremos otro, y . . . se acabó! . . .

Ramírez, espantado, apenas pudo balbucear:

— ¿O . . . otro . . . has dicho? . . .

— ¡Si no recuperamos éste! . . . ¡Además . . . no puedes quejarte; estás haciendo operaciones como nunca y tienes más clientes que nunca! . . .

— ¡Y «estamos» gastando como . . . nunca también! . . .

Ambas cosas eran verdad. Ramírez, como agente de bolsa, tenía una envidiable clientela, siendo en su profesión, acaso, la primera firma de Madrid. Hombre de negocios y para los negocios, poseía ese imán que atrae el dinero y que no poseen, generalmente, ni los más cultos ni los más talentados, sino estos otros hombres todo voluntad . . .

Pero no era menos cierto que Rosario, todo inquietud, todo superficialismo, frivolidad, divertimento y lujo, se encargaba de abrir terribles brechas en los copiosos ingresos de su marido, no bastándole nunca las cantidades que él le entregaba, por crecidas que fuesen . . .

En su incomprensible sosiego y casi, casi indiferencia ante la pérdida del valioso collar, hombre de menos cerrazón intelectual que Ramírez habría sospechado un algo misterioso, una causa ignorada . . .

* * *

Paco Gómez al dirigirse a su modesta localidad de anfiteatro, y al pie mismo de la escalera, se

detuvo, mirando al suelo y sintiendo el acelerado galope de su corazón . . . Una rapidísima mirada en derredor y un pensamiento relámpago: ¡no hay nadie! hubo de decidirle a coger el soberbio collar! . . .

Trémulo de alegría, pero aguijoneado por la inquietud, Gómez ocupó su localidad durante todo el primer acto . . . Al caer el telón, hizo mutis, mezclándose con un grupo de gente y saliendo a la calle . . . En la de Sevilla tomó un coche.

— ¡Santa Isabel, 85! . . . ¡De prisa! . . .

Gómez, radiante de júbilo, acariciaba las perlas, ocultas en lo más hondo del bolsillo interior del chaleco.

— ¡Diablo! . . . ¡Y qué gordas son! . . . ¡Y cuántas! . . . ¡Una . . . tres . . . once . . . quince . . . diez y ocho! . . . ¡Una barbaridad de miles de duros debe valer esto! . . .

El coche se detuvo frente a una casa modesta de tres pisos, con un portal viejo y estrecho. Gómez pagó al cochero, abrió la puerta, y a oscuras comenzó a subir los escalones, de dos en dos . . . En el tercer piso se detuvo, llamando fuerte. Una fámula pueblerina y en chancletas salió a abrirle.

— ¿Dónde está el señorito Alfredo? — interrogó jadeante el recién llegado.

— ¡En la cama debe de estar! . . . ¡Yo le he «sentido» de venir hace ya mucho! . . .

Gómez irrumpió como una tromba en el dormitorio de su consocio y fraternal amigo:

— ¡Tú! . . . ¡Arriba! . . . ¡Vamos, despiértate! . . . ¡Pronto! . . .

— ¡Qué pasa! — balbuceó el durmiente, sentándose despavorido en el lecho.

— ¡Una atrocidad de dinero! . . .

— ¡Dónde! . . . ¡dónde! . . . — exclamó, frotándose los ojos y buscándolo . . .

— ¡Aquí! — respondió Gómez, golpeándose triunfalmente el chaleco.

— ¡Re . . . puñales! ¡Sácalo ya! . . .

— ¡Espera! . . . ¡Tú has sido tasador de alhajas! . . . ¿No? . . .

— ¡Diez años! . . .

— ¡Tú conoces las perlas! . . .

— ¡Como a mi familia! . . .

— ¡Tú distingues lo que valen! . . .

— ¡Sí, hombre, sí! . . . Pero . . . ¿a qué viene todo eso . . . y . . . a estas horas? . . .

— ¡Mira! . . . — dijo el del hallazgo, mostrando el collar.

— ¡Ca . . . racoles! . . . ¡A ver! . . .

Miñambre examinó cuidadosamente el collar.

— ¡Acerca la lamparilla eléctrica! — dijo.

El otro, desdoblado el flexible, se la puso casi en la nariz. Se hizo un silencio.

— ¡Qué! . . . ¿Qué dices? — exclamó Gómez ya sin poderse contener.

Miñambre, por toda respuesta, apartó la lámpara con un movimiento brusco; tiró el collar, despreciativamente, a los pies de la cama; levantó el

embozo, y dejó caer la cabeza en la almohada, murmurando:

— ¡Eso es una porquería! . . . ¡Buenas noches! . . .

— ¡Pero Alfredo! . . . — exclamó el otro, con estupefacción.

— ¡Una porquería he dicho! . . . — gritó Miñambre entre las sábanas. — ¡Esas perlas son falsas! . . .

— ¡¡ !!

Y los dos buscavidas se abismaron en un silencio inacabable . . .

* * *

El criado acaba de pasar a Ramírez una tarjeta. Ramírez la cogió y leyó: «Francisco Gómez. — Policía particular.»

— ¡Que pase!

Un individuo bien trajeado entró en el despacho, haciendo a Ramírez una ceremoniosa reverencia.

— ¡Usted me dirá, señor Gómez! . . .

— ¡Usted caballero, conoce mi profesión! . . .

— ¡«Detective»! . . . ¿No es así?

— «Detective» particular, sí, señor . . . He leído ayer el anuncio que han publicado ustedes . . .

— En efecto . . .

Pues bien; yo vengo a ofrecerle a usted mis servicios, que creo van a serle a usted muy útiles, porque, de ayer a hoy . . . tengo ya una pista . . .

— ¡Zapateta! . . . ¿De ayer . . . a hoy?

— ¡Oh, sí, yo comienzo a «trabajar» por ade-

lantado! . . . ¡Es el sistema yanqui, que es mi sistema! . . .

— ¡Caramba, señor Gómez, que agradable sorpresa! . . . ¡De modo que el collar . . .!

— ¡Es muy fácil que yo lo recupere, señor Ramírez; pero antes . . .!

— ¿Necesita usted alguna cosilla para gastos quizá? . . .

— ¡Oh, no, señor; yo «trabajo» por adelantado; pero no cobro de la misma manera! ¡Cobro después! . . .

— ¡Admirable, admirable! . . .

— Sí, señor. Digo . . . que cobro después la . . . ¿Cuánto valía esa joya, caballero? . . .

Ramírez suspiró hondo:

— ¡Veinte mil pesetas, señor Gómez! . . .

— ¡Pues . . . cobro la cuarta parte! . . . ¡Es mi costumbre.

— ¡La cuarta parte . . . cinco mil pesetas! . . . ¡Es un «pico», señor Gómez! . . .

— ¡Ah, pero . . . hasta veinte mil que vale la alhaja! . . .

— ¡Bien, pues . . . hecho! . . . ¡Si usted me devuelve el collar, recibirá usted en el acto cinco mil pesetas! . . .

— ¡Perfectamente! . . . ¡Ahora me permitirá usted que interroge separadamente a todos los de la casa . . . la señora primero, como es lógico! . . .

Gómez quedóse a solas con Rosario.

— ¡Vamos, señora . . . una pregunta en secre-

to . . . dentro del sigilo profesional! . . . Usted no ha reemplazado nunca las piedras buenas de sus joyas por otras . . . falsas, aunque exactamente iguales? . . .

— ¡Yo! . . .

— ¡Es corrientísimo entre las señoras! . . . ¡Los gastos naturales, que a los maridos no les parecen tan . . . naturales; algún capricho muy justificado! . . . ¡No . . . no enrojezca usted . . . el secreto profesional es inviolable . . . yo soy un «detective» y un caballero! . . . ¡Vamos . . . nadie nos oye . . . es corrientísimo, se lo aseguro a usted! . . .

— ¡Pues, sí señor Gómez! . . . ¡Las «tuve» que cambiar! . . . ¡Pero, por Dios . . . mi marido que no sepa nada . . . que no se imagine nada! . . .

— ¡Señora, su marido no sospechará una palabra! . . . ¡Se lo aseguro a usted! . . .

— ¡Gracias! . . . ¡Muchas gracias! . . .

Al día siguiente Gómez citó a Ramírez en un restorán (restaurante):

— ¡Alégrese usted, señor Ramírez! . . . ¡Exito completo! . . . ¡Formidable! . . .

— ¡Qué me dice usted! . . .

— ¡Que el collar está aquí! . . . ¡Tómelo usted! . . . ¡Hermosa alhaja de veras! . . . ¡Magnífica! . . .

— ¡Bravo, señor Gómez! . . . ¡Bravo! . . . — exclamó el agente de Bolsa, pidiendo dos cubiertos con «burdeos» y «champagne».

Con la última copa de Pommery, Ramírez sacó dos «clays»* y su cartera de piel de Rusia.

— ¡Las cinco mil pesetas, mi querido amigo!
— exclamó Ramírez entregando a Gómez un fajo de billetes, que Gómez se guardó sin darles importancia.

— ¿Y cómo ha logrado usted ese triunfo? — añadió Ramírez, admirado.

Gómez sonrió:

— ¡El método yanqui! . . .

Curro Vargas.

* Vindlategund.

Verzlunarbréf.

I. — Redacción de una carta.

Toda carta consta de tres partes: encabezamiento, cuerpo y firma. El encabezamiento comprende (1) el nombre del lugar en donde se escribe y la fecha; (2) el nombre de la persona a quien se escribe; (3) el lugar en donde vive ésta; (4) el saludo, es decir, el tratamiento que se da al corresponsal.

El cuerpo comprende (1) lo que se comunica; (2) la despedida, que debe expresarse en una oración completa.

La firma corresponde al nombre de la persona, o a la razón social de la casa de comercio, que escribe la carta. Es muy corriente poner una rúbrica debajo de la firma. En algunos casos la ley la exige. Una rúbrica consta de unas líneas trazadas caprichosamente pero en una forma que se reconoce ser particular del que firma.

Después de escrita la carta se dobla y se pone dentro de un sobre que lleva el nombre y la dirección de la persona a quien se escribe.

II. — Modelos.

1. Reykjavik, 6 de febrero de 1931.

Sr. D. Pedro Domínguez
Barcelona.

Muy Sr. mío: Tengo el gusto de participar a Vd. que acabo de fundar en ésta una casa de exportación de bacalao, que desde luego pongo a la disposición de Vd. esperando merezca su entera confianza.

Como aún no tengo el honor de ser conocido de Vd., creo poder referirme al testimonio de los Sres. Lazo y C.^{ia} de Bilbao y Castro Hn.^{os} de Valencia, los cuales me conocen desde hace ya mucho tiempo. Los señores citados darán a Vd., como creo, satisfactorios informes.

Esté Vd. persuadido de que atenderé con el mayor cuidado la ejecución de las órdenes con que se sirva honrarme, que desde luego solicito con empeño, seguro como estoy de que quedará Vd. completamente satisfecho.

Con tal motivo me ofrezco de Vd. atento y s. s. q. e. s. m.

Jón Jónsson.

2. Reykjavik, 1^o de enero de 1932.

Sr. Dn. Enrique Goyena
Bilbao.

Muy Sr. mío: Recomendado por nuestros comu-

nes amigos, los Sres. Zorolla y Moreno, de ésa, tengo el honor de ofrecerle mis servicios.

Siendo mi deseo el entablar relaciones con su apreciable casa, le consentiré a Vd. cuantas concesiones sean compatibles con mis intereses para que Vd. me dé la preferencia o cuando menos una parte de sus órdenes.

Esperando una contestación favorable, me ofrezco de Vd. afmo. y atto. s. s.

J. B.

3. Vestmannaeyjum, 15 de julio de 1931.

Sres. Mesa y López
Sevilla.

Muy Sres. míos: Tengo el gusto de incluirles con la presente una nota de precios que sólo es valedera por el tiempo estrictamente necesario para contestación a vuelta de correo (hasta el 15 de agosto).

Mis excelentes relaciones con los productores me permiten ofrecer a Vds. solamente artículos de la mejor calidad y, sin embargo, mis precios no son superiores a los de otros exportadores.

Si me honran Vds. con sus órdenes, pueden tener la seguridad de que serán ejecutadas con la mayor puntualidad.

Agradeciendo mucho una pronta respuesta quedo de Vds. atto. y s. s. (q. e. s. m.).

Ó. G.

4. Hafnarf., 16 de mayo de 1931.

Sres. Suárez y C.^{ia}
Vigo.

Muy Sres. nuestros: Contestando a su estimada pregunta fecha 3 del actual, podemos ofrecerles unos 3,000 fardos de bacalao legítimo procedente de nuestras pesquerías.

Debido a la inseguridad del mercado nos agrada-
ría mucho saber con la mayor brevedad posible
(telegráficamente), a qué precio aproximadamente
estarían Vds. dispuestos a comprar dha. partida.
Estará pronta para ser expedida a fines del cte.

Entretanto dispongan Vds. de sus attos. y ss. ss.

J. J. & Co.

5. Vestmannaeyjum, 8. de julio de 1930.

Sres. García y Pardo
Santander.

Muy Sres. nuestros: Por recomendación de los
Sres. Herrera e Hijos, de ésa, nos tomamos la
libertad de preguntar a Vds. si les convendría re-
cibir en consignación bacalao y huevas de pes-
cado, productos ambos que exportamos en gran
escala.

En caso de que Vds. acepten nuestra proposi-
ción, sirvanse enviarnos una cuenta simulada de
venta de dichos productos, a fin de que podamos
formarnos una idea de los gastos y costumbres de

ese puerto. Vds. comprenderán por consecuencia
el tanto por % de comisión, que deseamos fi-
jen Vds.

Aguardando su pronta contestación quedamos
de Vds. atentos ss. ss.

A. G. & Co.

6. Sevilla, 11 de julio de 1931.

Sr. D. Carlos Sánchez
Bilbao.

Muy Sr. nuestro: Obra en nuestro poder su atta.
carta de fecha 8 del actual, que hemos leído con
detenimiento.

Agradecemos a Vd. mucho el ofrecimiento que
se sirve hacernos, pero sentimos mucho no poder
aceptarlo porque en esta plaza, como Vd. estará
enterado, se venden los bacalao hasta más bara-
tos que a como Vd. cotiza fob.

Nosotros sabemos que, efectivamente, en Islan-
dia no se han podido comprar estos bacalao para
venderlos tan baratos, pero no es menos cierto
que han llegado a este puerto partidas de bacalao
invendidas y en vista de la situación en que se
encuentra este mercado no tienen más remedio
que venderlas al mejor precio posible y éste es
bastante menor que los que Vd. señala, pues no-
sotros hemos tenido ofertas en firme hasta de
30/— cif.

Por los motivos expuestos sentimos mucho no

poder tomar en consideración su oferta y ya veremos si más adelante podemos llevar a cabo algún negocio mutuamente provechoso.

Mientras tanto, quedamos suyos afmos. y attos. s. s.

Gómez e Hijos.

7. Reykjavik, 10 de enero de 1931.

Sres. Páez y C.^{ia}

Jerez de la Frontera.

Muy Sres. nuestros: Habiéndonos dado los Sres. González y Herrera el nombre de Vds. como unos de los más importantes exportadores de vinos en ésa, tenemos el gusto de rogarles nos remitan, a vuelta de correo, muestras abundantes de los vinos que tienen en sus bodegas, con las respectivas cotizaciones más ventajosas franco a bordo (f.o.b.) Cádiz o Sevilla.

Únicamente vinos de primera calidad conven-drán a nuestros propósitos.

Si les es posible hacernos una oferta favorable, podrán Vds. contar con importantes pedidos nuestros.

Dándoles gracias anticipadas por una pronta contestación, nos suscribimos de Vds. attos. ss. ss.

q. e. s. m.

N. N. & Co.

8. Reykjavik, 6 de febrero de 1931.

Sres. Ramón Vélez y C.^{ia}

Alicante.

Muy Sres. nuestros: Obraron convenientemente en nuestro poder su lista de precios y muestras de vinos andaluces y levantinos, y con la presente tenemos el gusto de enviar a Vds. una nota de pedido especificada.

Sírvanse cuidar de que la calidad sea de conformidad exacta a la muestra, y tomen buena nota de que la entrega se desea a la mayor brevedad posible.

Confiamos en que prestarán Vds. su mejor atención a este encargo, pues de su buen resultado dependen operaciones más importantes.

Quedan de Vds. attos. y ss. ss.

N. N. & Co.

9. Buenos Aires, 3 de junio de 1929.

Señor Administrador de la «Revista Nueva»

Madrid.

Muy señor mío: Tengo el gusto de remitirle adjunto un cheque por cinco pesos argentinos, por los que se sirva mandarme en suscripción su revista a contar desde el primero de julio.

Con este motivo saludo a Vd. atentamente.

José García Franco.

Dirección: Sarmiento 2511

Buenos Aires

Rep. Argentina.

10. Madrid, 25 de junio de 1929.

Sr. Dn. José García Franco
Sarmiento 2511
Buenos Aires.

Estimado señor nuestro: Nos es grato acusar recibo de su apreciable carta del 3 del corriente de la que separamos un cheque por pesos 5, que negociado al cambio del día ha resultado un importe de pesetas 12,65. De acuerdo con su pedido hemos iniciado el envío de la «Revista Nueva» con el número correspondiente al mes de julio.

Tenemos el gusto de ofrecernos suyos attos. ss.

Pedro López.

III. — El comercio español.

El comercio exterior de España es poco activo, en relación con el de otros países, aunque su aumento ha sido considerable en los últimos años.

La exportación sumaba en 1926 más de 1,600 millones de pesetas. Las materias exportadas son principalmente minerales en bruto, sal, aceites, vinos, frutas, conservas, corchos, cueros, granos y maderas.

La importación se elevó en 1926 a 2,100 millones. El déficit de la balanza comercial se elevó por tanto a unos 500 millones de pesetas en el

año referido. Las materias importadas son, entre otras: carbones, maquinaria, algodón, abonos químicos, café, tabaco, azúcar, cacao, bacalao de Islandia y Terranova (unas 35,000 toneladas al año, mientras en España misma se obtienen unas 400,000 toneladas de pesca, principalmente de sardinas, merluzas y atunes) . . .

Los vinos españoles más célebres, artículo de gran exportación, con enorme crédito en todos los mercados, son los andaluces (Jerez, Puerto de Santa María, Sanlúcar, Niebla, Málaga, Montilla), levantinos (Priorato, Alicante) y riojanos (Rioja). Tiene además gran importancia la exportación de uvas frescas (Almería) y pasas (Málaga, Alicante, Valencia).

IV. — Algunas abreviaturas.

afmo.	afectísimo
atto.	atento
C. ^{ia}	compañía
cif.	coste, seguro y flete (e. »cost, insurance, freight«)
cte.	corriente
D. Dn.	don
dho.	dicho (nefndur, áðurn.)
d. ^{ra}	derecha (hægri)
etc.	etcétera (o. s. frv.)
fob.	franco a bordo (e. »free on board«)

Hn. ^{o(s)}	hermano(s)
izq. ^a	izquierda (vinstri)
kg.	kilogramo
ppdo.	próximo pasado (síðastliðinn)
ptas.	pesetas
q. e. s. m.	que estrecha(n) su mano
S. E. u. O.	salvo error u omisión
Sr. Sres.	señor, señores
Sra. Sras.	señora, señoras
Srta.	señorita
s. s. (ss. ss.)	seguro servidor (seguros servidores)
U. Ud. V. Vd.	(Uds. VV. Vds.) usted (ustedes)
V. E.	Vuestra Excelencia (yðar hágðfgi)
v. gr.	verbigracia (t. d.).

Spænskt-íslenzkt orðasafn.

m. = karlkyns; *f.* = kvenkyns; *pl.* = fleirtala. Tölurnar innan sviga á eltir sagnorð vísa til málfræðigreinanna, þar sem sjá má beygingu þess.

A

a til, við, með, handa	abundar vera nægur, ærinn
abad <i>m.</i> ábóti	acabar ljúka við; taka enda;
abajo niður, niðri; »los —	»— de» vera nýbúinn að,
firmados» undirritaðir	»— con alguno» gera útaf
abandonar yfirgefa	við en.
abanico <i>m.</i> blævængur	académico akademiskur; <i>m.</i>
abierto opinn, opinskár,	meðlimur vísindafélags
hreinskilinn	acariciar klappa, gæla við
abismar sökkva niður í	acaso ef til vill; <i>m.</i> tilviljun
ablandar mýkja, blíðka, sefa	acceder láta eftir, fallast á
abono <i>m.</i> áburður -	acceso <i>m.</i> aðgangur, til-
abreviatura <i>f.</i> stytting,	koma; hitaflog (»— de
skammstöfun	fiebre»)
abril <i>m.</i> apríl	acción <i>f.</i> athöfn, verk, iðja;
abrir opna	áhrif, verkun
abrochar næla, hneppa	aceite <i>m.</i> olía
absolución <i>f.</i> sýknun; af-	aceituna <i>f.</i> oliuber
lausn, syndakvittun	acelerado hraður
absoluto alger, óháður, ó-	aceptar taka við, fallast á
takmarkaður	acera <i>f.</i> gangstétt
absurdo <i>m.</i> fjarstæða	acercar færa nær; »se nálgast
abuela <i>f.</i> amma	acomodador <i>m.</i> umsjónar-
abuelo <i>m.</i> afi; forfaðir	maður (i leikhúsi)
abultado fyrirferðarmikill	acompañar fylgja
abundancia <i>f.</i> gnægð	aconsejar ráða, gefa ráð
abundante nægur, mikill	acontecer (34) gerast, bera
	við